

último crimen, dirigió sus pasos hacia la India; tuvo allí un duelo con un gentilhombre mexicano llamado Corpo-Santo, de cuyos papeles se apropió, y ya sabemos, por la relación hecha por el doctor A..., que fué más tarde capitán de los Cristal Daggers en la bahía de Manaar.

Cuando regresó á Francia era ya otro hombre, y se hallaba seguro de no ser reconocido. Por los papeles por él robados en la casa de Bretaña á la desdichada baronesa de Éparville, vino en conocimiento de que una hermana de esta, la vizcondesa de Aubinesco vivía en París, y á ella se presentó enseguida como rico pariente de América, y además como candidato á la mano de su hermosa sobrina.

Sabido es de qué manera supo Enrique captarse la confianza de la buena señora, que se perecía por los relatos de aventuras. ¿Cómo, con semejante defecto, no había de caer incauta en las redes hábilmente tendidas por narrador tan elocuente como el famoso conde de Corpo-Santo, el interesante é intrépido viajero?

No él precisamente, sino cualquier intrigantuelo habría encontrado excelente acogida en la morada de la noble señora, con tal de hallarse dotado de palabra fácil, de imaginación fértil y del necesario aplomo para ensartar, sin inmutarse, las mentiras menos aceptables y las más inverosímiles hipótesis.

Y fué así cómo el monstruoso matrimonio entre Yvona y el hijo natural de Sabielo, asesino de la madre de su futura, quedó acordado en la intimidad primero, y anunciado después oficialmente, colaborando en esta obra inverosímil la audacia inconcebible de Enrique por una parte, y por otra la imprudente confianza en él depositada por la cándida vizcondesa de Aubinesco.

IX

ASALTO DE ARMAS

En la Avenida del Bosque de Bolonia, donde son numerosos los soberbios inmuebles y las casas particulares de gran lujo, se alza, entre las calles Leroux y Pergolese, un palacio principesco cuya blanca fachada se distingue de lejos resaltando en el fondo verde-oscuro de los bosquecillos allí plantados en honor de la emperatriz.

Doce balcones, encuadrados por motivos arquitectónicos del mejor gusto, abren sobre una balaustrada de hierro forjado, verdadera obra de arte, y dan risueño aspecto á la rica fachada, que completan cuatro columnas de jaspe sosteniendo una marquesina, de las que el hábil cincel de Marcelo Rouilliére, el arquitecto de moda, hubo de hacer verdaderas maravillas del arte compuesto.

Dicho palacio era propiedad del marqués Trogoff de Kerbiroet. Bastaba con ver el espacio que ocupaba, en un sitio donde el precio que alcanzan los terrenos es verdaderamente elevadísimo, para deducir que el propietario de aquella suntuosa morada, tan suntuosa como improductiva, debía ser fabulosamente rico.

A la misma hora, minuto más ó menos, en que el viejo gentilhombre bretón hacía su entrada en los salones de la vizcondesa de Aubinesco, acompañado de

Amy, una de sus dos hijas adoptivas, y del doctor A..., una escena de género muy diferente se desarrollaba en una de las habitaciones de la parte posterior del palacio, á la que se entraba por un balcón — puerta, recayente á una terraza situada en el jardín.

Bajo la araña, inmensa, cuyas bujías estaban todas encendidas, agitábanse furiosamente dos personas, las cuales, protegido el rostro por caretas alambradas y el pecho cubierto de plastrones almohadillados, dábanse mutuamente de botonazos con los floretes que empuñaban, atentas solo á la tarea de tocar y de evitar el ser tocadas.

Tal pantomima en realidad parecía un asalto de armas; pero era solo una lección, una sencilla lección de esgrima, y las dos personas que en ella intervenían eran el profesor y su discípulo.

El profesor, hombre rollizo cuyos anchos hombros soportaban el peso de un cuello de toro, podía tener unos cincuenta años.

Sus manos velludas denotaban, por su contextura, una gran fuerza muscular, y las piernas, robustas, daban al conjunto un aspecto de pesadez casi grotesco, é incompatible al parecer con el arte que aquel hombre enseñaba, arte que requiere gran flexibilidad y extraordinaria ligereza de movimientos.

Pues no obstante las apariencias, aquel profesor, el señor Malatierra, era un excelente esgrimista, y sus discípulos gozaban de merecida reputación de temibles adversarios sobre el terreno.

¿Malatierra? — preguntará el lector.

El mismo; el esgrimista que ahora encontramos en casa del marqués Trogoff no era otro que nuestro antiguo conocido el capitán del brick-barca *Buenamar* en el cual se embarcaran los tres hermanos Bozzo á su salida de Córcega.

El naufragio de su buque había arruinado al hombre por partida doble; moralmente, porque sufrió gran desconsideración en el concepto de los armadores; y materialmente porque perdida la carga, que no le pertenecía, hubo de reembolsar y quedarse á la postre sin un céntimo y, lo que es aún peor, acribillado de deudas, que no

pudo pagar puesto que ningún armador quería confiarle un barco.

En estas condiciones y luego de haber ejercido casi todos los oficios que se hallan al alcance de los que no tienen ninguno, encontró al fin la providencia en la persona del marqués Trogoff de Kerbiroet, quien apiadado de sus desgracias, conocedor de su buena voluntad y sabiendo que Malatierra había sido ayudante de maestro de esgrima en la marina de guerra antes de entrar en la mercante, se dió el gusto de protegerle anónimamente, alquilándole una sala, enviándole discípulos y sacándole en fin, como por arte mágico, de la miseria en que lo había hundido el naufragio del *Buenamar*.

Otro cualquiera se habría dejado proteger, sin meterse en averiguaciones; pero el viejo marino no gustaba de protecciones anónimas, y quiso saber quién era el autor de la que le había puesto á flote cuando se creía perdido irremisiblemente. Un alumno menos discreto que los demás le reveló el nombre de su bienhechor, y á partir de aquel momento prometiéndose consagrar al noble prócer toda la gratitud de que él fuese capaz, que no era poca.

La persona á quien aquella tarde daba lección era una muchacha, vestida de corto faldellín, por el estilo de los que usan las esgrimistas vienesas, y de un corpiño de gamuza que moldeaba á maravilla su esbelto talle, dibujando al mismo tiempo en graciosas líneas, los hombros y los brazos.

Un espectador sensible no habría dejado de compadecer á aquel brazo, regordete y bien hecho, pero delicado al fin, al que se obligaba á la ruda tarea de manejar un florete; pero su impresión habría durado poco, por cuanto sin necesidad de largo examen adivinábase el vigor oculto bajo la grácil forma, y presentíase que la aterciopelada piel de la muchacha cubría sin duda músculos de acero.

Edmée — porque era ella la esgrimista — había inaugurado una nueva existencia desde que entrara en el palacio de su segundo padre adoptivo.

En su concepto, la instrucción que había recibido de Alí primero, y después de la institutriz, era de todo

punto deficiente. De ahí que, prevaliéndose del imperio que por su carácter infantil ejercía en el ánimo del marqués, lograra resolver el problema que fuera objeto de todos sus deseos de infancia, es decir, el estudio de las artes liberales especiales á los hombres, las más dispendiosas de las cuales, al mismo tiempo que las menos remuneradoras, se agrupan actualmente bajo el nombre genérico de « deportes ».

Por fortuna para Edmée una poderosa intervención se produjo para secundar valiosamente sus primeras extravagancias.

El marqués no tenía más familia que un sobrino. Era un sobrino extraordinario, que dilapidaba su fortuna con esplendidez y del cual se ocupaban con gran frecuencia los periódicos más leídos y mejor informados.

Jorge de Mercœur, que así se llamaba, contaba entonces treinta años, y era lo que se llama vulgarmente un gran tipo; clubman distinguido, deportista afortunado á veces, era sobre todo un anglofilo rabioso, por lo que gozaba de gran predicamento en el *Jockey-Club* y de poca notoriedad en el *Rowing*, donde hacía furor su galimatías franco-inglés, por todo extremo pintoresco.

Nadie sin embargo se burlaba de él abiertamente; en primer término porque la fortuna inspira siempre respeto, y además porque Jorge era un excelente « marksman » (notable tirador.)

La llegada de las dos huérfanas al palacio de su tío habría podido y aun debido ocasionarle algún disgusto; pero sucedió que Edmée le largó un día un bofetón por una sencilla palabra que la muchacha consideró poco respetuosa, y á partir de ese momento en el ánimo del joven nació una enorme simpatía por la dominadora y enérgica chiquilla.

El fué quien la enseñó á montar á caballo con tal fortuna que en cuestión de muy poco tiempo consiguió la alumna ponerse al nivel de su profesor.

Claro es que un éxito de tal magnitud no podía ni debía desagradar á Jorge, quien entusiasmado con su discípula la conducía al Bosque, y allí recibía con dignidad las felicitaciones y cumplimientos que no le escatimaban sus amigos.

Sin hablar de ello á su tío, acompañó á Edmée al tiro de Gastine Renette, y aun cuando él era un tirador de los más diestros, desde la tercera lección le dejaba la chica en diez blancos, por doce que ella hacía con la mayor facilidad.

Tantos y tan rápidos progresos inquietaron un poco al profesor; por eso, cuando de vuelta ya Ali-Akmet, oyó Edmée decir á su hermana Amy que se acercaba el día de la separación y se apresuró á pedir á Jorge que le enseñara la esgrima, éste se negó en redondo, alegando que se ahogaba desde los primeros movimientos. Por efecto de esta negativa, y cediendo á las súplicas de Edmée, fué por lo que el marqués encargó á Malatierra de la tarea rehusada por Jorge.

En realidad, la esbelta y traviesa muchacha practicaba los deportes por gusto, por pura fantasía, excepción hecha de la esgrima, arte que las personas de su sexo no tienen nunca ocasión de ejercer y al cual habíase ella dedicado con perfecto conocimiento de causa y después de maduras reflexiones.

Malatierra observaba la rapidez de los progresos de su discípula y apenas podía dar crédito á sus ojos. Poco tiempo había bastado á aquella en efecto para posesionarse no sólo de los principios de tan difícil arte, si que también de las sutilezas de las frases de armas.

Y sin embargo, aun no parecía completamente satisfecho el ex-marino. Acababa de interrumpir la lección en el momento en que lo encontramos, y decía con tono avinagrado, cruzando los brazos sobre el plastrón que le cubría el pecho:

— Muy flojo, muy flojo, señorita; tan flojo como la brea de las costuras del puente bajo los trópicos. Hay que llegar á la respuesta, ¡ qué diablo! y no quedarse en guardia eternamente como un lancero de madera... Conque un poco de vigor... alta la punta, ó si no, paso... No, nada de romper; eso de andar para atrás se queda para los cangrejos...

— ¡ Es que estoy muy cansada, señor Malatierra!

— ¡ Cansada, y habla usted de batirse contra un hombre!...

Y en la voz del viejo marino había como una especie

de tono despectivo. Los ojos de Edmée relampaguearon al oírle.

— Sí, hablo de eso; — dijo. — Cuando llegue el momento seré fuerte... Sigamos.

La joven cayó en guardia y cruzó el hierro con él de su maestro.

— Juego de terreno, — dijo éste. — Tire usted francamente, brutalmente, como si su vida dependiera de su modo de tirar.

Y predicando con el ejemplo, el profesor se tiraba á fondo una y otra vez, atacando de continuo.

Tenía Edmée una gran vista para la parada, cubriéndose siempre con oportunidad maravillosa; pero bien porque tuviese miedo de herir, bien por positiva ignorancia, lo cierto es que su repuesta, vacilante siempre, llegaba demasiado tarde.

— Basta por hoy, — dijo el profesor rompiendo. Como resumen de la lección de esta tarde puedo decir lo siguiente: es casi imposible tocar á usted porque sabe defenderse; el día que se decida á atacar será usted de primera fuerza. Pero como esa decisión no llegue...

Levantando la careta, bajo la cual no podía respirar á gusto, dejóse caer la joven, jadeante, en un diván; en aquel momento el rostro delicioso de la risueña Edmée aparecía, por excepción, triste. Y es que estaba segura de que le faltaba algo para ser una buena tiradora, y no sabía de qué modo arreglarse para lograr la decisión que le era indispensable para hundir su hierro en un pecho humano.

¡Sentimiento muy femenino el suyo, pero bien exasperante! Así lo pensaba mientras se quitaba el plastrón, hecho lo cual el seno oprimido de la muchacha respiró con fuerza. La mirada de Edmée en aquel momento era vivísima, candente; el sudor pegaba á las sienes los cabellos, y en toda la pequeña y graciosa personilla había algo de satisfacción y de despecho al mismo tiempo.

— Ya atacaré cuando convenga, — dijo contestando á las últimas palabras de su profesor.

— ¡By good! — pronunció una voz á la puerta del salón de retratos donde tuviera lugar la lección de

esgrima. — Palabra de honor que está usted deliciosa en esa postura, Edmée. Y ese traje es de un gusto *indeed*...

Era el clubman Jorge de Mercœur que anunciaba de este modo su llegada; como nunca había presenciado una de las lecciones, era en realidad la vez primera que veía á la joven con traje corto.

— Lo dicho, *indeed*, — repitió colocando el monóculo bajo la ceja derecha; — pero luce usted las pantorrillas y eso es *shocking verity*.

Sin cambiar de postura, Edmée dijo en tono desabrido.

— Nada de tonterías, créame usted; hoy estoy mal dispuesta y malditas las ganas que tengo de reír.

— ¿Se puede saber porqué, *my beauty*?

— ¡Qué sé yo! Flota en el aire algo que ataca los nervios. Tal vez la lección ha durado más que de costumbre; tal vez tarda mucho en llegar el coche en que deben volver los visitantes de la vizcondesa... Repito que no sé...

— ¿Y qué culpa tengo yo de todo eso, *my dear*?

— Ninguna; pero sus tonterías me ponen aún más nerviosa y eso es lo que deseo que no suceda.

— ¡*All right!* — dijo el joven adelantándose. — Hablemos, pues como personas formales, y para eso hablemos de cerca. O mucho me equivoco ó á estas horas debe usted ya ser una profesora en el noble arte de la esgrima. Ahora mismo, en el momento en que yo entraba, decía usted que ya atacaría cuando llegase la ocasión... ¿Puedo saber á quién piensa usted atacar... más adelante?

— ¿Curiosidad tenemos?

— Ya lo ve usted.

— Pues me parece importuna; más aún, indiscreta, y no estoy dispuesta á decir á usted el nombre de la persona á quien pienso atacar.

El clubman dejó caer su monóculo.

Estaba desconcertado.

— Puesto que es un secreto... — murmuró.

Sin duda Edmée lo había pensado mejor.

— ¿Secreto? ah, no; de ninguna manera; — dijo levantándose. — El hombre contra el cual deseo batirme se llama Enrique.

— ¿Enrique? — se dijo á sí mismo Jorge. — No tenemos ninguno ni en el Rowing ni en el Jockey... Tal vez es un extranjero... ¡*By god!* Había que vigilar, porque el amor suele estar muy cerca del odio.

Luego continuó en voz alta :

— ¿Sabe usted que estoy celoso?

— ¿Celoso? — dijo ella recobrando por un momento su graciosa sonrisa. — ¿Y con qué derecho, amigo mío? Y sobre todo, ¿de quién?

— Pues de ese Enrique.

La sonrisa se heló en los labios de Edmée, cuyas mejillas palidecieron al mismo tiempo.

— Si tan envidiable le parece á usted la suerte de ese hombre, — dijo bruscamente ¿por qué no se pone usted en su puesto?

Aquella era la primera vez que Jorge oía hablar de un Enrique para él desconocido, y sin que pudiera explicarse qué clase de sentimiento le impulsaba á impedir que la joven se ocupase de otro para bien ó para mal, replicó en el acto :

— ¿Su puesto? *merry day* (día feliz) con mucho gusto...

Edmée no le dió tiempo de acabar la frase. Levantóse de un salto, tomó el florete abandonado por el viejo marino, quien no había abierto la boca durante esta escena, y lo arrojó á los pies del clubman estupefacto, gritándole al mismo tiempo :

— ¡En guardia!... ¡Vamos, defiéndase usted!...

Y al mismo tiempo caía ella en guardia baja, con esa flexibilidad felina puesta de moda por los duelistas napolitanos.

— ¡Las caretas, las caretas! — quiso gritar Malatierra.

— ¿Para qué? Cuando se va al terreno no se llevan caretas.

— ¿Pero qué locura es esta, señorita? — gritaba el ex-capitán. — ¿No sabe usted que el señor de Mercœur es un tirador de primera fuerza? Quien le dice á usted que no puede ocurrir una desgracia...

Una altiva mirada de Edmée impuso silencio al pobre maestro, quien admiraba el hermoso semblante de la

esgrimista contraído por la cólera contenida con dificultad.

— ¡Vamos, defiéndase usted! — repetía, tirándose á fondo con tal rapidez que el joven hubo de romper, y agacharse instintivamente para recoger el florete.

— ¡Diablo! — murmuró parando con esa oportunidad que revela al tirador acostumbrado. — Mala me parece que es la suerte que le está reservada á ese Enrique...

Tal era su asombro que hasta se olvidó de adornar su frase con alguna exclamación tomada á la lengua inglesa.

La joven, por su parte, nada dijo.

No era este asalto como el anterior. Ahora la mujer atacaba y el hombre no hacía más que defenderse. El puño de Edmée moviase con rapidez casi milagrosa, de modo que Jorge, quien como lo dijera Malatierra era un buen tirador, apenas si encontraba un cuarto de segundo para contestar, ocupado como se hallaba en parar los golpes que llovían sobre él como una granizada, y en alejar la punta que le amenazaba sin interrupción por todas partes á la vez.

Malatierra, con la boca abierta, no volvía de su asombro.

El cansancio sin embargo comenzó á hacer menos rápida la rotación del puño de Edmée, y Jorge disponía de más tiempo para contestar; entonces, animándose él á su vez, exclamó en tono casi flemático :

— Hemos terminado el galope de ensayo, Edmée; ahora cuidadito...

— Usted es el que debe prevenirse — dijo ella, casi feroz.

— ¡*So ahead!*

El piececillo impaciente de la muchacha hirió el suelo dos veces seguidas, y en este momento el antiguo marino, único testigo del extraño asalto, creyó ver en sus ojos negros el brillo de un relámpago de cólera.

Había cambiado de táctica la hermosa amazona; después de desviar á pie firme un golpe dirigido á su pecho, probó el hierro del clubman, ya fresco y sereno, como si quisiera penetrar cuáles eran sus intenciones; y adivinando por su frialdad y fijeza que se hallaba decidido á tirar al cuerpo en cuanto le fuese posible entrar, ella se

lo impidió batiendo y marchando por dos veces con rapidez inaudita.

— ¡Alto, alto! — gritó Malatierra aterrado.

Acababa de ver cómo el florete del joven, por un movimiento de tensión muy oportuno, se lanzaba al descubierto que Edmée dejara intencionadamente. Y un triple grito contestó á la exclamación del ex-marino.

Acudiendo á la respuesta con velocidad fulgurante Edmée enlazó el hierro de su adversario, y amagando un cupé que le habría tocado en pleno pecho, rompió su florete en el cuello almidonado de Jorge, precisamente en mitad de la garganta.

— ¡Eso es lo que destino á Enrique! — dijo con orgullo, mientras que el clubman, todo sofocado y no muy tranquilo, daba en los brazos del marqués Trogoff de Kerbiroet y del doctor A... que, acompañados de Amy entraron en el salón á tiempo para ver dar y recibir aquel prodigioso golpe que les arrancara un triple grito.

Cuanto á la heroína del momento, había tirado el florete roto y sentádose en una butaca para enjugar el sudor que empapaba su rostro, del cual había desaparecido en absoluto la expresión vengadora que lo animaba poco antes.

Toda su exaltación habíase disipado en presencia del éxito obtenido; ya calmada, informábase del estado de su adversario que, aunque nada tenía de grave, parecía inspirarle un interés particular.

El silencio que siguiera á la escena precedente fué interrumpido por el mismo que lo motivara.

— ¡Godman! — exclamó respirando con fuerza. — Buen golpecito, como hay Dios... y de los que no se esperan... Es una estocada secreta, ¿verdad, Edmée? Una estocada *high-flying*... ¡Y qué vergüenza! ¡yo, yo el marksman, tocado por una muchacha!... ¡Qué tocado, muerto! por que si llega á tener una espada en la mano, buenas noches... ¡By god! la leccioncita ha sido ruda, y procuraré que no se me olvide; *ever and now*.

Malatierra, con la cabeza baja, esperaba la inevitable reprimenda.

— ¿De modo, — le dijo el marqués — que usted ha

asistido cruzado de brazos á ese imprudente asalto? Pues señor, está bien. ¿Y no se le ha ocurrido á usted siquiera exigir que se pusieran las caretas? La verdad es que si no ha ocurrido una desgracia no es porque no haya usted puesto de su parte todo lo posible.

Esta homilía pareció afectar de tal modo al profesor, que Amy se creyó en el caso de intervenir en favor suyo.

— Buen papá — dijo, usando el dictado que las dos huérfanas daban al marqués, — si Jorge es tan buen esgrimista como dicen, es cuestión de felicitar al señor Malatierra.

— Cierto, merece que le cumplimentemos por los adelantos de Edmée; — contestó el marqués á su pupila.

— Y aunque no es cosa de aprobar todas las extravagancias de tu hermana, que ya no es una niña, justo es convenir en que no ha perdido el tiempo estudiando los principios de usted, señor Malatierra; para pegar á Jorge, preciso es que sea de primera fuerza.

— ¡Una virtuosa, una verdadera virtuosa del florete! No habría hecho otro tanto el difunto Lagardère, ¡God by! — confirmó el clubman llevándose las manos al cuello dolorido.

— Excelente, — repitió el ex-capitán con orgullo. — Lo cierto es que la señorita es una discípula excelente. Sin embargo, — añadió con menos entusiasmo — yo no tengo la menor intervenció en el arte que acaba de desplegar, porque la verdad es que ignoro ese golpe cruzado marchando, del cual se ha servido para tocar la garganta del señor de Mercœur.

— ¿No lo dije? — interrumpió éste. — Es una estocada *high-flying*, la estocada secreta de la señorita Edmée *for ever*... Ya está fresco el señor Enrique.

— ¿Enrique? — repitieron los tres recién llegados quienes con la confusión de su llegada no pudieron oír las últimas palabras pronunciadas por la victoriosa y gentil amazona.

— Sin duda, — exclamó el clubman satisfecho de que todos le prestasen atención. — ¿No sabían ustedes nada? Pues sí; la estocada secreta, ¡*never failing*! está destinada á un cierto Enrique, « poor boy. »

Edmée, hacia la cual se dirigieron todas las miradas,

se ruborizó, enrojeciéndose intensamente su semblante.

El marqués parecía preocupado.

— ¿Y quién le ha metido á usted esa idea en la cabeza, niña? — preguntó.

La joven no se atrevió á contestar, y sus párpados se cerraron, velando de este modo el fulgor que comenzaba á brillar de nuevo en sus pupilas.

— Conste que desapruébo todo eso, señorita; — siguió diciendo el marqués. — Creo adivinar cuál es el objeto que te propones y cuál la idea que te ha inspirado, pero créeme; para ciertas faenas es indispensable un hombre. Alí-Akmet, vuestro amigo de la infancia y vuestro primer maestro, ha consagrado su existencia á esa tarea de que hablo, y prestado un juramento que sabrá cumplir á menos que algún torpe no se cruce en su camino para entorpecer sus movimientos.

— Cuando haya sonado la hora de la justicia, no habrá nada que detenga el brazo de Alí-Akmet; téngalo usted por seguro, — dijo el doctor A... con voz sorda.

Hubo de observar en aquel momento el marqués Trogoff de Kerbiroet la sorpresa que en el ánimo de su sobrino producían todas aquellas frases enigmáticas que él escuchaba con la trabajosa curiosidad particular á las personas ante las cuales se habla una lengua extranjera, y cortó de pronto la conversación, diciendo alegremente:

— Vamos á comer. El brazo, Amy... Jorge, ofrece el tuyo á Edmée, y usted, amigo Malatierra, acompáñenos á la mesa.

En el momento en que salían de la sala de los retratos, donde tenían lugar las lecciones de esgrima, Edmée, con voz muy dulce preguntó á su adversario:

— ¿No me guarda usted rencor, Jorge?

— ¿Rencor yo? — contestó él; — no, de ninguna manera, *my dear*.

— ¿De veras?

— De veras. Y si mi tío me lo permite, prometo ofrecer á usted una espada de honor.

— Siendo así, tal vez no tendría usted inconveniente en servirme otra vez de profesor si yo le pido que me enseñe aún alguna cosa.

— ¡Hum!... Según lo que sea.

— Ya ve usted cómo me guarda rencor.

Desde el momento en que pone usted condiciones... Vaya, prométame complacerme.

— Prometido, *little devil*, prometido.

— Bueno, — dijo ella abandonando su brazo; — está dicho: me enseñará usted á montar en bicicleta.

Y soltando la carcajada en las narices del joven, desconcertado por aquella salida, lanzóse á la escalera que conducía á su cuarto con objeto de cambiar de traje.